

# Reflexiones acerca de la identidad hindú

Por ENRIQUE GUARNER

UNA de las creencias más difundidas que existe es la de la inmortalidad del alma y la de su transmigración de un cuerpo a otro. En algunos pueblos esta idea se ha constituido en un principio básico que otorga sentido al destino humano.

Los griegos denominaban metempsicosis al paso del espíritu de una corporeidad hacia una planta, un animal, un demonio o a la misma divinidad. Los romanos empleaban la palabra reencarnación, la cual se utiliza para designar cualquier tipo de renacimiento después de la muerte.

Sin embargo, puede afirmarse que es en la India donde se le ha dado mayor trascendencia a este fenómeno. Resulta probable que el concepto estuviera arraigado entre los dravidas o antiguos habitantes desde antes de la llegada al valle del Indo de los arios. Incluso aparece registrado en los escritos sagrados del brahmanismo hacia el año 600 antes de J. C. Es así como se nos dice que todo aquel que haya llevado una vida austera y de amor hacia sus semejantes irá al «mundo de los padres» y de allí a la luna donde gozará de los frutos de la rectitud. Posteriormente retornará a la Tierra como lluvia para convertirse en el alimento que consumirá el hombre y entonces pasará a las entrañas de la mujer para finalmente renacer en un nuevo cuerpo.

El hinduismo desarrolló una doctrina de la reencarnación que denominó «Samará», o del viajar eterno. Esta religión sostiene que el «atmán» o espíritu ha vivido antes otras vidas y lo hará a perpetuidad. El «Karma» que es la suma de nuestros actos determinará la calidad de los renacimientos. Aquellos cuyos pensamientos o conducta sean indignos transmigrarán a insectos o animales que sufran tormentos. En

cambio, los que llevaron vidas virtuosas tendrán encarnaciones elevadas. Este proceso evolutivo culmina cuando el espíritu llegue al conocimiento perfecto y a la última verdad, a través de la cual se identificará con Brahma, quien lo liberará definitivamente de morir y renacer.

Tácitamente la llegada del Budismo dio aceptación a esta doctrina agregando que el individuo está compuesto por cinco esencias: el cuerpo, los sentimientos, las percepciones, las predisposiciones y la conciencia. Todas ellas evolucionan constantemente y lo que sobrevive a la muerte es el «Karma» o la evaluación de las diferentes estructuras, las cuales se convierten en el germen del pensamiento del cual nacen los nuevos seres. Por lo tanto, por medio del «Karma» o estimación del pasado se determinan los periodos muerte-renacimiento y la reencarnación cesará cuando el alma extinga los «tres fuegos» que son: la pasión, el odio y las ilusiones. Es a partir de este momento cuando se alcanza «el nirvana» que no resulta otra cosa que la eterna felicidad.

La doctrina budista pasó de la India a Birmania, Indochina, China, Mongolia, Corea y Japón. Curiosamente en el Tibet, la idea de la reencarnación quedó limitada a los lamas y la autoridad suprema o Dalai Lama se transformó en un Buda viviente que renuncia el «nirvana» para servir al prójimo.

El nombre de la nación que llamamos la India se deriva del persa «Shindú» y significa río. Efectivamente, el país está enmarcado en su parte norte por la cordillera más formidable del mundo la cual da lugar al nacimiento de corrientes fluviales que vierten sus aguas a lo largo del territorio. En la parte oriental del Himalaya nace el Ganges o «río sagrado»; en tanto que en la porción occidental se desplaza el Indo que da lugar al bellissimo valle del Cachemira.

Las fronteras de la India con el resto de Asia están bien definidas, de tal manera que se puede considerar formada por tres porciones distintas. La del norte constituye una cadena montañosa donde se encuentran las nieves eternas y cuyas cumbres llegan hasta alturas prodigiosas. La llanura septentrional es de gran riqueza y la península meridional muy pobre. En realidad cada zona pertenece a una edad geológica diferente. En este bloque se apifionan 844 millones de seres humanos que viven en lo que describió Mark Twain en 1900 como: «Una fabulosa abundancia junto a la más angustiada pobreza. La opulencia y la miseria; los palacios cercanos a las inmundas chozas. El país de las cien naciones y de los cien idiomas. De las mil religiones y dos millones de dioses. La cuna de la raza humana, la fuente de la palabra y la madre de la historia».

Tradicionalmente se ha contado la epopeya de la India a partir de la migración de los arios, los cuales llegaron al territorio alrededor de 1500 años antes de J.C. Según la leyenda ellos provenían de Persia y eran altos, con tez blanca. Su idioma lo constituía el sánscrito y nos dejaron los famosos vedas que son bellísimas metáforas.

En el siglo VI antes de J.C. apareció el joven príncipe Siddharta Gautama quien renunció a su familia y a todos los goces terrenales. Las enseñanzas de «Buda» que significa «iluminado» fueron morales en cuanto a su contenido y en un principio consiguió un número limitado de adeptos hasta que dos siglos después el rey Aroka envió misiones por el mundo asiático que predicaron su doctrina.

En el año 330 antes de nuestra era Alejandro «El Magno» avanzó sobre la India noroccidental provocando un movimiento nacionalista que detuvo a los griegos.

A lo largo de muchos siglos el país fue gobernado

por la dinastía Maurya y posteriormente por la Gupta que desarrolló la prosperidad y erudición hindú, la cual ha quedado preservada en sus extraordinarios bajorrelieves. Tengo que agregar que estos reyes eran muy liberales y dejaron una infinidad de esculturas eróticas.

En el siglo VIII arribaron los mahometanos quienes establecieron el sultanato en Delhi. De sus ocho centurias de dominio nos han quedado las joyas arquitectónicas del Taj Mahl de Agra, la mezzita de las perlas, el fuerte rojo y la ciudad eterna de Fethpur Likri.

El 20 de mayo de 1498, después de cruzar el cabo de Buena Esperanza, Vasco de Gama ancló en la costa Malabar y con ello inició el comercio de la India con Europa. Después llegaron los holandeses quienes obtuvieron todo tipo de concesiones de los maharajás. Finalmente arribaron los ingleses que a través de brillantes campañas militares se apoderaron en 1850 de la India, donde dejaron huella.

A principios de este siglo un abogado de nombre Mahatma Gandhi inició un movimiento de resistencia pacífica que condujo a que en 1947 el país se independizara.

Desde aquella fecha, la India cuenta con una Constitución y una forma de gobierno parlamentaria. La nación se divide en 17 estados y 6 territorios administrados centralmente. Su conflicto principal nace de la diversidad de razas y lenguas. Se calcula que los hindús hablan 1652 dialectos y 14 idiomas. En el país habitan 100 millones de musulmanes y su número resulta mayor que el que existe en toda Arabia o Egipto. Ellos son descendientes de los que en una época dieron un gran esplendor, pero en la actualidad son una minoría que sufre grandes prejuicios étnicos y su violencia ha ocasionado los asesinatos que se han perpetrado contra la familia Gandhi. Se podría afirmar que en la nación no existe la unidad política ni religiosa.

## El carácter hindú

Muchos de los rasgos que observamos en los habitantes de la India se derivan de la idea de la reencarnación la cual da lugar a que siempre se piense en una vida mejor en la posteridad. Con ello se abandona la perseverancia en el trabajo y la ambición. Es curioso que la humildad sea el verdadero ideal del hombre y se actúe frente a la agresión con sumisión y rendimiento. Con frecuencia quedamos sorprendidos cuando vemos la pasividad y tolerancia de algunos hindús. Recuerdo un neurólogo que conocí en Estados Unidos que actuaba con modestia y reserva cuando en su casa se comía en una vajilla de oro.

Para el hindú la contemplación de lo que le rodea suscita una mayor capacidad para la observación y la percepción de los fenómenos naturales.

Por extraño que parezca algunos de los principios religiosos han dificultado el progreso del país. Por ejemplo, el «ahimra», o respeto a la vida en el que se funda el movimiento de resistencia pacífica formulado por Gandhi, protegió a millones de roedores que devoraron el 20 por ciento de los sembradíos. Aunque los campesinos apresaban a las ratas y las soltaban, ellas regresaban con el tiempo destruyendo las cosechas.

A los monos se les protege porque así lo predica la leyenda del «ramayana». A pesar de que en la India existen 200 millones de cabezas de ganado, ellas no se sacrifican porque son sagradas y las vacas deambulan famélicas alrededor de los basureros. Los que se alimentan de arroz rechazan el trigo y los vegetarianos no crían gallinas que produzcan huevos. Por último, en Kerala se atrapan peces para venderlos comercialmente y los que sobran no se comen, arrojándose al mar.

Un aspecto que ha llamado poderosamente la atención de los occidentales es la importancia que se otorga en la India al acto de meditar; o sea, a la continuación de los pensamientos hasta que lleguen a sus últimas finalidades. El sistema hindú se basa en una cierta postura corporal, la

regulación respiratoria y la supresión de las percepciones de los órganos de los sentidos.

En el aspecto mental el proceso consiste en bloquear el pasado que está formado por los recuerdos y también del futuro que son las esperanzas. Con ello se logra un aislamiento en el espacio y el tiempo, obteniéndose la autocontemplación. Según los «yoguis» se puede alcanzar el «Mahabharata» que consiste en la introspección absoluta, en donde ya no habrá contrastes, ni gloria y desaparecerán los deseos así como las expectativas quedando en paz con el propio ser.

Desafortunadamente dentro de las sectas «yoguis» existen los farsantes. En realidad aquellos que son auténticos viven alejados del mundo en la soledad, o rodeados por contados discípulos. Los «yoguis» se dividen en «Hatha» que constituyen los que adquieren el dominio de su propio cuerpo. Aún ignorando la estructura de los órganos conocen sus funciones y pueden regular a su albedrío la presión arterial, el latido cardíaco o la fisiología del intestino y la vejiga. Al distribuir el oxígeno retardan el metabolismo y al igual que los animales invernan. Uno de los «yoguis» de Baroda fue enterrado por diez horas y al final de la experiencia lo única anormal en él era una taquicardia que pronto se volvió normal.

Los «Raja yoguis» persiguen la disciplina mental y el dominio de las energías psíquicas para alcanzar la verdad absoluta de la propia personalidad. Como dice su mejor poeta Rabindranath Tagore: «Vendrá un día en el que el hombre reconsidere invicto el camino que lo lleve a la conquista de su patrimonio perdido».